

Somos seres de ausencias. Siguen muy presentes en nuestro día a día personas queridas que se fueron. Que murieron y nos dejaron desvalidos. Tras la pérdida de alguien a quien se considera imprescindible, uno desea desvanecerse o que el mundo se detenga; el dolor es la consecuencia de no llevar a la práctica ninguno de esos dos deseos.

Pero ese dolor poco a poco se va transformando; y lo hace, afortunadamente muchas veces, de una forma luminosa, no de manera triste, lamentable o patética, sino con una declarada alegría incluso. Porque en una época digital como ésta, en la que vivimos aceleradamente hacia adelante, lanzados siempre hacia un volátil e incierto futuro, en la que el presente tantas veces no deja huella vital alguna, a buen seguro la memoria nos es más precisa que nunca, y no como melancolía, sino como forma de enraizar nuestra vida, de arraigar nuestro presente y nuestro futuro y darle un sentido.

Y ahí contamos con la ayuda inestimable de nuestros muertos queridos, los que nos unen a la tierra, nos alumbran y nos siguen amando. Porque la flecha del tiempo, sin ellos, pierde su sentido. Hacer de las restas una suma, por pequeña que sea. Los amigos muertos resucitan cuando sus colegas vivos se juntan.

Cuando la pérdida es además inesperada y prematura, el escándalo de la transitoriedad nos devasta sin piedad. Y por eso la alquimia es lenta y nos resistimos a abrir los armarios y los cajones y las maletas por no toparnos de morros con la vida ausente: con sus deseos, sus luchas, sus fatigas, sus júbilos, sus sueños, con sus trabajos y con sus días.

Un recuerdo imborrable de mi adolescencia y una de mis primeras dichas teatrales tuvo lugar en el frontón de mi ciudad –no había entonces teatros: “Pase usted sin llamar” se titulaba el milagro, y Alex Angulo era uno de los inolvidables –para aquel adolescente- protagonistas. Desde aquellos primerísimos ochenta, Alex entró a formar parte de mi imaginario, como del de tantísimos miles de espectadores. Pero Alex Angulo llevaba ya en eso desde fines de los 60. Y eso era, ni más ni menos, que la creación del teatro vasco moderno, un tiempo tan ilusionado como esforzado de pequeñas épicas cotidianas; y también de grandes. La hermosa locura libertaria y libérrima de unos años paradójicamente tan condicionados por tantas circunstancias; y en los que sin embargo aquellos pioneros rompieron los grises moldes y consiguieron ayudarnos a vivir y a soñar; además de poner las bases de lo que sucedió después, y sigue sucediendo.

Y hete aquí que al abrir, por fin, la Maleta de Alex, nos topamos ni más ni menos que con más de cuarenta años del teatro vasco: carreteras y furgonetas y funciones; programas de mano de espectáculos, festivales o fiestas;

fotografías, entradas y carteles; cartas y notas de trabajo; artículos, reportajes y críticas de prensa; hojas volanderas, pasquines y panfletos; ilusiones, proyectos y polémicas; permisos y solicitudes al Ilmo. Sr. Delegado de Información y Turismo o al Ilmo. Sr. Jefe de la Policía; autorizaciones, denegaciones y censuras; denuncias y citaciones judiciales; proclamas y manifiestos; textos teatrales inéditos e insólitos; cancioneros populares y declaraciones de ingresos; risa, sudor y tablas...

Un auténtico, milagroso e inédito maremágnum de material, no sobre Alex Angulo sino sobre el teatro vasco; sobre su creación y su evolución, sus aventuras y desventuras: los 60, 70, 80, 90... En la Maleta de Alex encontramos las raíces y los primeros pasos, las necesarias raíces poco a poco olvidadas en el vaivén urgente del día a día. Y no podemos, claro, dejar de aprovechar esta ocasión que Alex nos brinda: esta Maleta que se abre para ser compartida, y para ser también completada con esas otras Maletas llenas de la memoria del teatro vasco.

Y, creemos, nadie mejor que Alex como primera piedra, como motor y como símbolo de esa tarea. A los que le conocieron, y le quisieron, o a los espectadores de teatro o de cine o de televisión, Alex nos ganó con su franca sonrisa y con sus ojos brillantes de mirada melancólica, que traslucían al payaso tierno y humanísimo que siempre fue, al tipo honesto y humilde y tendente siempre, a pesar de todo, al optimismo y a una serena alegría contagiosa.

El primer reto –y no sencillo- consiste en poner orden en todo ese proceloso océano de material: clasificarlo, fecharlo, catalogarlo y digitalizarlo para compartirlo en una página web. Nos *ponen* mucho proyectos como una exposición, un corto, un comic... Pero, sobre todo, a medio plazo: compartir y hallar otras Maletas que nos permitan arrancar esa web sobre la Historia del Teatro Vasco antes de que sea tarde y gane, aquí también, la desmemoria. Y no por nostalgia del pasado, sino como necesaria apuesta de futuro.

Josu Montero.

*Este es el texto que he podido escribir. Lo he elaborado desde un enorme cariño hacia Alex y mi admiración por el proyecto La Maleta de Álex Angulo.
(Marzo 2019)*